CAPÍTULO VI. *De cómo aceptó el varón santo fray Martín venir a predicar en estas partes de las Indias; y se dicen algunas revelaciones que tuvo*

IEN DESCUIDADO ESTABA ESTE BENDITO VARON, en esta coyuntura de oír esta voz del Señor, aunque según de atrás la deseaba, la estaba aguardando. Porque esto es cierto, que por algunas veces le había consolado Dios con algunas visiones, que le mostró en espíritu, tocantes a la conversión de estas gentes, lo cual pasó de esta manera. Morando en el convento del Hoyo, de esta su provincia de San Gabriel, estando una noche en maitines de la feria cuarta, en tiempo de adviento, luego en el principio de ellos, comenzó a sentir una devoción interior y comenzó juntamente a traer a la memoria la conversión de los infieles; y pensando en esto, en muchos versos de los salmos que iba rezando, hallaba entendimientos a este propósito, de que mucho se gozaba y regocijaba su ánima y espíritu. Aumentábasele más este deseo en aquel salmo que comienza: *Eripe me de inimicis meis, Deus meus.* Donde dos veces se repite aquel verso: *Convertentur ad vesperam, & famen patientur, vt Canes.* Convertirse han a la tarde y padecerán hambre como perros. Y decía, hablando consigo mismo: ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿Cuándo será esta tarde? ¿No sería en este tiempo? ¿No sería yo digno de ver este convertimiento? ¿Pues ya estamos en las vísperas y fin de nuestros días y en la última edad del mundo?. Éstas y otras cosas razonaba consigo el siervo de Dios, ocupando todos los salmos en deseos llenos de caridad y amor de el prójimo.

Sucedió, pues, por divina disposición, que acabados los salmos de los maitines (no siendo él el semanero, en los oficios, ni cantor) le encomendaron que dijese las lecciones del nocturno; lo cual aceptó el siervo de Dios, con prompta obediencia y voluntad, y se levantó a decirlas. Y como esas mismas lecciones, que eran del profeta Isaías, hiciesen a su propósito, porque hablaban de la caridad del próximo y conversión de las gentes, levantáronle más el espíritu; y estando leyéndolas en el lugar ordinario, donde el cantor las leía, vio súbitamente en espíritu muchas ánimas de infieles, en gran número, que se convertían a la fe y venían como desaladas a recibir el santo bautismo. Fue tanto el gozo y alegría que su espíritu sintió, interiormente, que no fue en su mano dejar de mostrarlo en lo exterior y de fuera; y así como hombre loco y fuera de juicio, comenzó a dar voces y decir tres veces en alta voz: *Loado sea Nuestro Señor Jesu Christo;* y dicho esto quedó como fuera de sí, que no pudo pasar adelante. Los religiosos, viéndolo así como atónito y como embriagado, no sabiendo el misterio y pensando que enloquecía, lleváronlo a una celda y claváronle la ventana, y cerrándole la puerta de la celda se tornaron a acabar de rezar los maitines que tenían comenzados. El varón de Dios se quedó en la celda absorto y fuera de sí, hasta que el día siguiente, a horas de misa mayor, que volvió en sí. Y como

se halló encerrado y la celda obscura, quiso abrir la ventana (que no había sentido como la enclavaron) y no la pudo abrir. Sonrióse, conociendo que de temor no se echase por ella la habían cerrado así los frailes. Tornó a pensar y contemplar en la visión que había visto y rogó a Nuestro Señor se la dejase ver con los ojos corporales y que no muriese hasta verla cumplida. Y doce años se pasaron (según se dice en el *Memorial* de la provincia de San Gabriel)[1] después de haberle mostrado Dios en espíritu esta visión, hasta que el general fray Francisco de los Ángeles se lo mandase; en el cual tiempo intermedio hizo muchas diligencias, así corporales como espirituales, para que la majestad altísima de Dios ordenase esta jornada y le pusiese entre las gentes infieles, que en visión había visto para consuelo de su alma.

Siendo pues así, que siempre había vivido con este deseo, este varón santo, de creer es que cuando oyó esta voz del prelado que se le abrirían los senos del alma y los llenaría de mucha y muy singular alegría, y diría en su corazón lo que la esposa: La voz de mi querido es, que llama a mi alma y me pide que le abra y reciba. Y teniéndolo por cosa ordenada de la mano de Dios, y como si el mismo Dios en persona se lo mandara, recibió su espíritu entrañable gozo y alegría, aunque con el temor reverencial con que los santos reciben los particulares favores del cielo, causando en lo interior de sus sentidos el humilde conocimiento de su propria flaqueza e insuficiencia; y dando gracias a Nuestro Señor por tan alto beneficio, cantó su alma en lo secreto de sí misma este verso del salmo:[2] ¿Qué retorno haré yo a mi Dios, por tantas mercedes como me ha hecho? Y ella misma respondió, ofreciéndosele toda, con el otro verso, que dice: Ofreceros he (Señor) hostia de alabanza y invocaré el santo nombre del Señor. Y luego, sin réplica, aceptó la obediencia que le fue impuesta; y quedándose en la provincia, para recoger los compañeros que había de llevar, el general se fue a la de los Ángeles, donde quedó que los aguardaría en el convento de Santa María de los Ángeles, para la fiesta de mi glorioso padre San Francisco, y allí les daría el despacho y recaudos de su viaje.

CAPÍTULO VII. *De la instrucción que el ministro general dio al varón de Dios fray Martín de Valencia y a sus compañeros para su jornada*

QUIEN CONSIDERARE EL GRAVE NEGOCIO que ya el santo fray Martín se había echado sobre sus hombros, que era de venir a tierras de infieles a plantar esta nueva iglesia que Dios ponía en sus manos, y supiere juntamente su mucha santidad, no dudará de que desde aquel punto que le fue mandado, y dejado a su buen escoger los compañeros, que se encendería mucho más en el deseo de acertar en esta dificultosa elección

[1] Cap. 131.
[2] Psal. 115.